

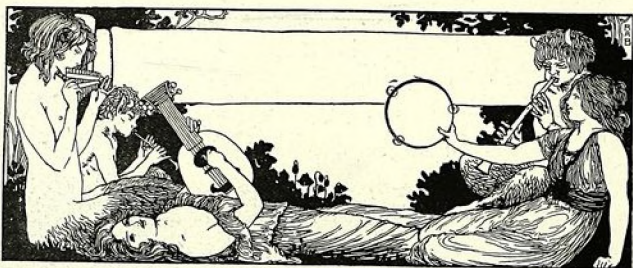


BARCELONA. 6 JUNIO 1909

95 CENTS

Ayuntamiento de Madrid





## LA SEMANA

El suceso culminante de estos últimos días, enterrados ya los muertos y en el hospital los heridos de la carrera de automóviles, ha sido indudablemente, para los que saben fijarse, el terrible drama que ha llevado á la cárcel al joven señor C., víctima de los usureros de la villa y corte.

No se trata, sin embargo, de ningún hecho excepcional, pero la distinguida posición social del procesado ha hecho que la atención pública se fijara en lo que es cosa corriente, aunque por tratarse de pobres diablos ó de infelices *cursis* no impresionara á nadie.

La usura, sin embargo, se ceba lo mismo en los altos que en los bajos, en los nobles que en los plebeyos, en los emporrotados figurones del *gran mundo* que en los humildes muñecos de la sub-clase media y en la gente del bronce.

Yo tuve el honor de ser amigo de un ilustre académico, modelo de corrección en la indumentaria, atildado, pulquérrimo, de reposado continente, ameno casi por profesión, metido siempre entre marquesas y duquesas, entre banqueros, ministros, generales y artistas adinerados. Pues bien: aquel respetable y apreciablesimo caballero vivía de las trampas, de la usura, del empeño, no descubriéndose hasta que se murió, cuando sus deudos se negaron en redondo á aceptar la *herencia*, que consistiría indudablemente en pagarés y papeletas.

Pocas sorpresas se han igualado á la mía un día que leí un artículo del referido señor en que se daba cuenta de las horribles mañas de que se valía un usurero para tener cogido á un infeliz necesitado. Después comprendí que aquello debía de ser un fragmento autobiográfico.

La multitud de usureros que hay en Madrid, Barcelona y otras grandes capitales, así como los innumerables *Matatías* que chupan la sangre de los pobres labradores de León, las Castillas, Valencia, Cataluña y otras partes revela un estado social que pone espanto en el ánimo.

Por una parte, en efecto, revela la insuficiencia de recursos para atender á las más perentorias necesidades, y este es el caso verdaderamente doloroso: un paro, una enfermedad, una prole numerosa, la cesantía, la redención del chico que entra en quinta, el dar carrera á otro obligan al desgraciado que se ve reducido al último apuro á ir á empeñar todo lo que el prestamista admite, al sesenta ó al ciento por ciento, pero los mayores beneficios que obtienen los usureros (aparte de los que prestan sobre cosechas y fincas) son los que proceden de las trampas á que tienen que recurrir los que, sin medios para ello, quieren darse pisto en teatros, paseos, bailes, carreras de caballos, toros, luciendo magníficos carruajes, ricos trajes, joyas, y demás, con su obligatorio aditamento de buenos muebles, numerosa servidumbre, habanos, guantes, veraneos y abonos. La ruina es así inminente, y de ahí tantos nobles trocados, para quienes, una vez sin un céntimo, reserva paternalmente el Estado alguna prebenda con cargo al presupuesto, aunque no siempre es posible, en cuyo caso queda el recurso de pegarse un tiro ó lanzarse á la falsificación y la estafa.

La culpa, en gran parte, es de la sociedad, que exige se vista bien y caro para hacer caso de alguien y rechaza con indignación al *mal trajeado* ó al que no puede seguir la moda. Por otro lado, la vanidad de los que quieren darse tono se hace de cada vez más exigente, y resulta imposible, sin ser un Creso, atender al exorbitante gasto que suponen esos trajes de modisto, esa profusión de alhajas que es moda lucir, en ir siempre en carruaje y demás *costumbres*, que si están al alcance de un lord ó de un gran señor francés ó de un príncipe ruso ó de un archimillonario yankee no corresponden al pobre capital de nuestros próceres españoles.

Y de ahí vienen esas caídas y esos procesos,

ARGOS



## LOS GRANDES HOMBRES DEL SIGLO XIX

### LAMARTINE

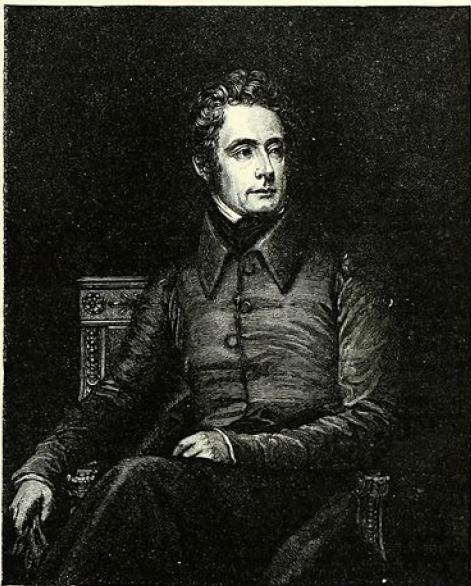
El nombre de este gran poeta va al par con el de Victor Hugo y los de Alfredo de Vigny y Alfredo de Musset, pero no ha tenido la suerte de estos últimos, y ha sido moda, por espacio de largos años, hablar de él con cierto desprecio, á fuer de encarnación suprema del *idealismo* en contraposición al *naturalismo*. Pero hay, sin duda, una justicia en el cielo de la literatura, y así es como Lamartine se ve colocado hoy en lugar preeminente entre todos los poetas franceses del pasado siglo, haciéndose derivar de él las novísimas corrientes de la poesía, verdaderamente humana y profunda, que ha reemplazado á la de los parnasianos.

Las *Meditaciones* de Lamartine son una inspiración del genio, y aunque la forma no se distingue por lo escultural, como la de Hugo, en cambio los versos penetran hondamente en el ánimo y responden á los sentimientos de la humanidad mucho más que las estrofas vibrantes de otros poetas, todo bambolla.

Pero además de poeta fue Lamartine historiador, literato y político de primer orden. Su *Historia de la Restauración* es una obra valiosa, y la de los *Girondinos*, aunque tal vez no esté ajustada del todo á la realidad de los hechos, ha formado dos generaciones republicanas, la del 48 y la del 70, apareciendo clara y patente la influencia que hubo de ejercer en nuestro Castelar.

Lamartine comenzó, como Victor Hugo, por ser legitimista; estuvo afiliado luego al partido constitucional avanzado, bajo la monarquía de julio, y en 1848 fué elevado á la presidencia del Poder Ejecutivo, cuando la formación del Gobierno Provisional, en cuyo puesto dió pruebas de admirable valor cívico al hacer frente, solo y sin armas, á las turbas que enarbolaban la bandera roja y tenían asestadas las bayonetas contra su pecho. Enemigo *siempre* del bonapartismo, vióse reducido á la miseria al triunfar el Segundo Imperio. Hombre de refinados gustos había contraído inmensas deudas, que trataba de solventar trabajando desesperadamente para los editores. De aquella fecha datan su monumental *Curso de literatura francesa*, sus novelas, entre las cuales es popularísima *Graziella* y gran número de libros, que no vivirán, sin embargo, lo que sus poesías: *Jocelyn*, *La Caida de un ángel*, *Meditaciones*.

Lamartine había sido uno de los hombres más hermosos y fastuosos de su tiempo; una vez que emprendió un viaje á Tierra Santa lo hizo con tal pompa que oscurecía la de los mismos príncipes; así se comprende que se arruinara. Esto no impedía, sin embargo, como tampoco su cualidad de poeta, que fuese un político sagaz y visor, en cuyo concepto, bien al revés de Victor Hugo, se opuso á que se tributaran á las cenizas de Napoleón los homenajes que decretó el gobierno de Luis Felipe. Claramente veía Lamartine que aquella apoteosis serviría de preparación al regreso de los Bonaparte, y tal vez á su vuelta al trono, como así sucedió, desgraciadamente.



ALFONSO DE LAMARTINE

M. MAULEÓN



## EL VIEJO APOSTOL



E igual manera que previa acta de matrimonio las hermosuras femeninas se venden al mejor postor, hay muchos hombres en la tierra que viven explotando el «físico».

Unos alcanzan la fortuna mediante la conquista de la mujer acaudalada; otros la persiguen sumando simpatías de toda especie, y algunos, quizás los menos, pretenden conseguirla por el esfuerzo puramente personal.

A éste género pertenecía el «Viejo Apóstol».

Era un mendigo de aspecto venerable; un hombre que sustentaba sobre sus combadas espaldas el peso de dos tercios de siglo.

Copiaron su cabeza muchos pintores para representar en sus lienzos algún santo, y dábase por satisfecho quien lograba imitar la expresión de aquella mirada suplicante, que llegaba á lo más hondo del corazón irisando las sensaciones de ternura de un alma bondadosa.

Nunca he visto una cabeza más artística ni más digna de estudio.

El Viejo Apóstol no imploraba limosna; sentado junto al átrio de la iglesia miraba atento el desfile de los fieles.

Si en el flexible y mugriento sombrero estacionado entre sus pies caía una moneda, la besaba; movíanse los labios tal vez á impulsos de fervorosa plegaria, y en su rostro pálido y desencajado se dibujaba una expresión de gratitud indefinible.

Fuera un empeño inútil el de buscar entre la lechigada de mendigos un ejemplar de más *ángel*.

La distinción de sus modales, el sello aristocrático de su personalidad, apartábale de la vulgaridad de sus semejantes.

Los que por vivir de las letras salimos uno y otro día á caza de tipos extraordinarios, necesariamente habíamos de parar la atención en el Viejo Apóstol.

Por lo que á mí toca, declaro lealmente que le espí mil veces.

Del resultado de mis observaciones pude sacar en limpio que al apuntar el alba salía del zaquizamí donde sus cansados huesos reposaban comunmente.

Con paso tardo y vacilante dirigíase á la iglesia; tras pasaba el umbral de la anchurosa puerta como el ferviente iluminado que vive solamente para el ideal de sus ensueños.

En tierra la rodilla, apoyada la frente en su nudoso cayado, permanecía largo rato sin cambiar de postura.

¿Meditaba?... ¿Rezaba?... ¿Dormía?... No lo sé: Lo que sí puedo afirmar es que al levantarse veía siempre sus pupilas empañadas por el llanto.

Los habituales concurrentes á la referida iglesia enterneciáanse con la aparente pureza del misticismo aquel, compadeciáanse de las amarguras del viejo y muy raro era quien se mostraba parco en la limosna.

Al abandonar el templo en actitud humilde iba á situarse junto al pórtico donde permanecía largas horas sin tomar otro alimento que algunos trozos de pan.

Ni las crudezas del invierno, ni el sol ardiente del estío, jamás le intimidaron obligándole á dejar su puesto.

Las abundantes nieves congelándose envolvieron su cuerpo muchas veces sin conseguir arrancar un estremecimiento de sus nervios.

El transeúnte que cruzaba velozmente á fin de que la rápida circulación de la sangre contrarrestara los efectos del frío, parábase acongojado ante la víctima social, socorríalo con esplendidez y continuaba luego su camino reflexionando acerca de las miserias de la vida.

Muchos años vivió de igual manera el Viejo Apóstol. Cierta día causó general asombro no verlo en el sitio de costumbre.

Siguieron otros muchos y entré en curiosidad de conocer el paradero de aquel hombre.





Llegé a enterarme de que puntualmente continuaba asistiendo a la primera misa de su templo favorito, retirándose al terminar a su tugurio.

Quise verle otra vez y conseguí mi objeto.

Halléle una mañana en mi camino. Cruzó, le miré atento y me pidió un cigarro.

Accedí a su deseo.

—¡De los cortos!—murmuró entre dientes.

—¿No le agradan a usted?

—No mucho,—respondió mohino. Y se alejó lentamente dejándome perplejo por su respuesta.

Pasó algún tiempo. Leta yo en mi despacho la prensa de la noche mientras sorbo tras sorbo iba consumiendo mi taza de café.

Ví entre las noticias una que me llamó la atención por el título:

*El tesoro de un mendigo*

En mi cerebro tomó forma el recuerdo del Viejo Apóstol.

Leí con avidez.

¡Legaba diez millones de pesetas al Estado!

Una sensación indefinible de vergüenza y rabia conmovió mi cuerpo.

—¡La codicia no explica este misterio!—murmuré.

—¡Aquí hay historia!

Y era verdad; pero una historia peregrina y llena de encantadores pasajes que narraré otro día.

JULIO R. PEDRE

(Dibujos de F. Verdugo)



## AMOROSA

Hermosa chiquilla  
de labios de grana  
que oprimas mi pecho  
y enfermas mi alma,  
dime una vez sola, bajito, muy bajo,  
dime si me amas,  
porque yo te adoro,  
te adoro con ansia  
y en ti solo pienso,  
como piensa el avaro en sus arcas,  
el ave en su nido  
y Dios en las almas...  
Te veo en mis sueños  
cual blanco fantasma  
que estrecha mis brazos  
turbando mi calma  
y me grita: ¡quiere  
a quien te idolatra!  
¿no es esta la dicha  
que tanto anhelabas...?  
Yo quiero, mi vida, que me ames despierto  
y que tu constancia  
me colme de júbilo,  
de dulce esperanza,  
de amor y placeres  
y venturas castas...  
Juntos ya en la reja dime tú, mi hermosa,  
de labios de grana

lo que por mí sufres,  
lo mucho que me amas,  
y entonces, bien mío, cesarán mis penas  
tan negras y amargas,  
morirán mis celos,  
secaré mis lágrimas  
y seremos ambos  
dichosos, sultana,  
porque yo te adoro,  
te adoro con ansia  
y en ti solo pienso  
como piensa el avaro en sus arcas,  
el ave en su nido  
y Dios en las almas.

Así proseguía  
su sentida cántiga  
un joven poeta  
de voz atiplada,  
y el rumor suave  
de dulces palabras  
y tiernos suspiros  
que al viento lanzaba  
despertó a un anciano confuso recordos  
de dichas pasadas,  
de mil desengaños  
que hieren, que matan.

TEODORO E. GUZMÁN



## CEREMONIAS NUPCIALES



CEREMONIA NUPCIAL DE LOS JUDIOS EN POSTUL

Curiosísimo capítulo de las costumbres nacionales, en el presente y en la historia, es la de las pompas nupciales, reducidas hoy en nuestros países más civilizados, á una simple firma de contrato ante el juez municipal ó el alcalde, ó á un acto, siempre conmovedor, pero, no pocas veces, modestísimo como espectáculo, si se trata del matrimonio canónico.

No sucede así en los países del Oriente musulmanes, como Persia, donde las ceremonias nupciales revisten un aspecto de verdadera suntuosidad, poco en consonancia, sin embargo, con la suerte que les está reservada á las esposas, pero en ninguna parte como en la China se celebran los casamientos con tanta pompa, que solo iguala á la que se despliega en los entierros. Y sin embargo, nada más lastimoso que la condición de la mujer china. Desde la cuna llueven sobre ella los padecimientos, las privaciones, el desprecio, todas las miserias, y la acompañan hasta el sepulcro.

Su nacimiento se mira, en general, como un deshonor y una humillación para la familia; lo conside-



NOVIA ALBANESE



NOVIA NORUEGA (VANG)



NOVIA PERSA



NOVIA CHINA



ran como prueba evidente de la maldición del cielo. Si no se la ahoga al momento, según una costumbre horrible, se la trata como un ser despreciable, que apenas si pertenece á la especie humana. La servidumbre pública y privada de la mujer es, en cierto modo, la piedra angular de la sociedad china.



NOVIA NORUEGA (Sallerdalen)

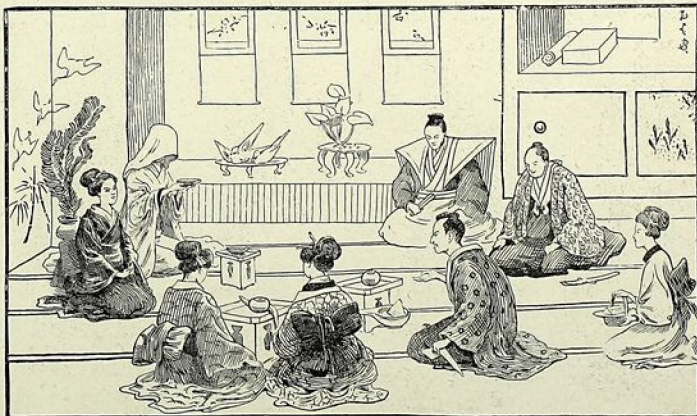
Las jóvenes viven encerradas en sus casas, sin ocuparse más que en los quehaceres de estas, y todo el mundo, pero más en particular sus hermanos, las miran como simples criadas. No conocen los placeres ni las distracciones de su edad; toda su instrucción consiste en saber manejar la aguja; no deben aprender á leer ni á escribir, vegetan en la más absoluta ignorancia y en el más completo aislamiento, hasta que se piensa en casarlas, lo cual se ejecuta como si se tratara de un negocio de comercio cualquiera. Se las vende al que ofrece más, sin consultarlas para nada.

El día de la boda se adorna á la novia con esmero, su traje de rica seda deslumbra con el oro y los bordados; en sus negras trenzas abundan las flores y las piedras preciosas; se la va á buscar pomposamente y los músicos rodean el lujoso palanquín donde está sentada, como una reina en su trono. Tanta ostentación, tales demostraciones de alegría parecen indicar que la desposada va, en fin, á ser dichosa, pero lejos de ser así, una esposa no es la más de las veces, sino una víctima adornada para el sacrificio. En su nueva familia tiene que estar sumisa á todos, sin excepción, y como dice un antiguo autor chino «la recién casada no debe ser en la casa



NOVIA NORUEGA (Bastager)

más que una sombra, un simple eco». No come con su marido ni aun con sus hijos varones; les sirve á la mesa, de pie y en silencio; les echa de beber y les enciende la pipa. Come sola y en sitio apartado; su alimento es grosero y poco abundante, y se guardaría bien de tocar lo que dejan sus hijos. El marido puede impunemente herirla, matarla de hambre, revenderla y aun alquilarla. Son muchas las mujeres chinas que se suicidan para librarse de semejante abyección. Muy diferente es la condición de la mujer japonesa, que nada tiene que envidiar á las europeas en punto á la consideración de que goza así en el hogar como en público, si bien no se la permite meter baza en los negocios del marido.



ESPAÑALES JAPONESES





UNA BELLEZA DE GRATZ, dibujo de Heena Birnbeck



Ayuntamiento de Madrid



# PASTELERÍA FÚNEBRE

Cayetano Pistiño era el pastelero más popular de Chamberí, debido á su carácter jovial y campechano más que á la calidad de sus pasteles.

Poco escrupuloso era el hombre confeccionando bartoillos, duquesas y merengues. Los ingredientes empleados *ad hoc* estaban envueltos en el misterio y milagrosamente no habían llevado á presidio al famoso Cayetano las frecuentes intoxicaciones causadas por los productos de su pastelería.

¿De qué falleció el capellán castrense de la calle Mayor sino de un pitisú de falsa crema?

¿Qué produjo la defunción de la baronesa del Charco sino un hojaldre de malas entrañas?

¿Qué le llevó al sepulcro al general Mirondón sino una duquesa echada á perder?

Cayetano sabía todo esto; pero no le daba importancia, porque no lo hacía con miras exterminadoras; hombre de buena pasta, pero de malos pasteles, nunca quiso achacar á éstos la dulce muerte de sus parroquianos.

En el mismo barrio que el célebre pastelero tenía Ramona Bandon un establecimiento de pompas fúnebres titulado *El estertor nacional*, en el cual podían ver satisfechas sus vanidades de última hora hasta los difuntos de gusto más refinado.

Solterones Ramona y Cayetano, vecinos y amigos antiguos, cayeron cierto día en la cuenta de que se amaban, y como nadie les impedía

unirse en lazo indisoluble, concertaron su amalgama sacramental para plazo muy breve.

Punto importantísimo del matrimonio era el giro que habían de dar ambos contrayentes á sus respectivas industrias, y después de discutirlo detenidamente, optaron por la resolución más peregrina que pudo ocurrírsele á industrial alguno. Esta consistió en fusionar los establecimientos del novio y de la novia bajo el extrambótico título siguiente:

ESPECIALIDAD en pastelerías	La calavera hojaldrada — Pastelería fúnebre	Mortajas de todas clases
-----------------------------------	---------------------------------------------------	--------------------------------

Pronto llevaron á la práctica su plan originalísimo con asombro de todo el barrio y aun de todo Madrid, pues jamás se había visto una tienda en la cual alternasen con los ataudes, las ensaimadas y con las coronas fúnebres las empanadas de jamón y con los angelitos de mármol los bizcochos de canela.

No hubo un amigo de Cayetano ni de Ramona que no les tachara de locos rematados ante semejante extravagancia. pronosticándoles un negocio ruinoso. Yo mismo les dije que aquella tienda era sumamente repulsiva y que pastel que vendieran me lo clavasen en la frente. Pero el marido y la mujer, más conocedores que nosotros de las miserias mundanas, ni por un instante desistieron de llevar adelante la explotación de *La calavera hojaldrada*.

Admirado de la tenacidad de ambos industriales y desconfiando de sus risueñas esperanzas, quise ver por mis propios ojos, auxiliados por mis propias gafas, lo que ocurría en el nuevo establecimiento, y cierto día, contando con la amable tolerancia de Cayetano y de Ramona, me instalé en su tienda y allí pasé la mañana.





Diez minutos llevaría yo en la pastelería fúnebre cuando penetró en ella una sencilla mujer de baja estofa, triste semblante y traje negro, que, encarándose con Cayetano, le dijo entre otras cosas y entre sollozos mal reprimidos:

—¡Pobre señorito mío! A las nueve ha estirado la pata para *in sécula*. ¡Si no hubiera llevado los pasteles de este establecimiento, seguramente a estas horas sería un señorito caliente y no un cadáver frío! La señorita atribuye su inesperada viudez a un «bartolillo» de crema; pero su señor padre se inclina más a suponer que la cosa partió de un pitisú. De todas maneras ha tenido el infeliz una muerte muy dulce, gracias a Dios. Lo que necesitamos ahora, y a eso vengo, es que nos manden ustedes inmediatamente una caja negra con molduras doradas y un vidrio en la tapadera que venga a parar sobre la jeta del pobre señorito; y además dos coronas; una de flores cordiales y otra de pensamientos, pero que sean mejores que los que tenía para mí el difunto, que Dios *haiga*.

Cayetano prometió a la comisionada cumplir sus encargos en seguida, y en cuanto la vió salir de la tienda, guiñó un ojo a Ramona y otro a mí y acabó por decirme: «Don Juan, ¿comprende usted ahora la relación de unos y otros artículos de nuestro establecimiento? ¿Es esto la obra de dos locos ó la de dos vivos?»

Iba a contestar al pastelero funerario cuando me lo impidió la llegada de un individuo achulapado, de edad regular y traza no muy buena, que dirigiéndose a los tenderos, les dijo así:

- Buenos días.
- Felices,—le respondimos todos.
- ¿Tienen ustedes ataúdes baratos?
- Sí, señor.

—Pues, con el permiso de ustedes, vengo a encargar uno pa mi suegra, que llevaba quince días con el moquillo y acaba de dar su alma a Dios, según dicen, aunque yo lo dudo, porque era incapaz de dar nada a nadie. Como no todos tenemos posibles y tampoco la buena señora (llamémosla así) se merecía filigranas mortuorias, quiero que me proporcionen ustedes una caja económica y al mismo tiempo fuertecita pa que no pueda salirse la difanta y darnos más guerra.

- Corriente. ¿A dónde hay que llevar la caja?
- Tribulete, setenta y siete. Que pregunten si vive allí una señora que se ha muerto esta madrugada y atendía por Felipa... y allí es. El pago es cosa mía.

- Está muy bien.
- ¿Y esta corona cuanto vale?
- Diez pesetas.
- Pues me la llevo. La ofrecí tantas veces una corona pa el día en que ocurriera su *óbito* que... Vaya, abur.
- Vaya usted con Dios.

Ya con un pie en la calle el *afigidísimo* yerno, se detuvo, vaciló un momento, volvió por fin, a encararse con Cayetano y le dijo por lo bajo:

- Deme usted, ya que estoy aquí, una docenita de pasteles pa celebrar el fallecimiento. Pero no se lo diga usted a nadie, ¿eh?

Cayetano sirvió el pedido inmediatamente, y una vez fuera el comprador, corrió a donde



yo estaba, me dió una palmada en el hombro y me dijo:

- ¿Qué tal? ¿Se completan nuestras industrias?
- Sí, señor,—le respondí.—¡Ande el negocio! Pero conste que si ustedes hacen cruces, yo también me las hago ante lo que acaba de ver.

Sali de La Calavera *hojaldrada* y quedóse el matrimonio reflexionando sobre la inexperiencia de sus amigos y la conveniencia de continuar explotando a muertos y a vivos tranquilamente; pues raro



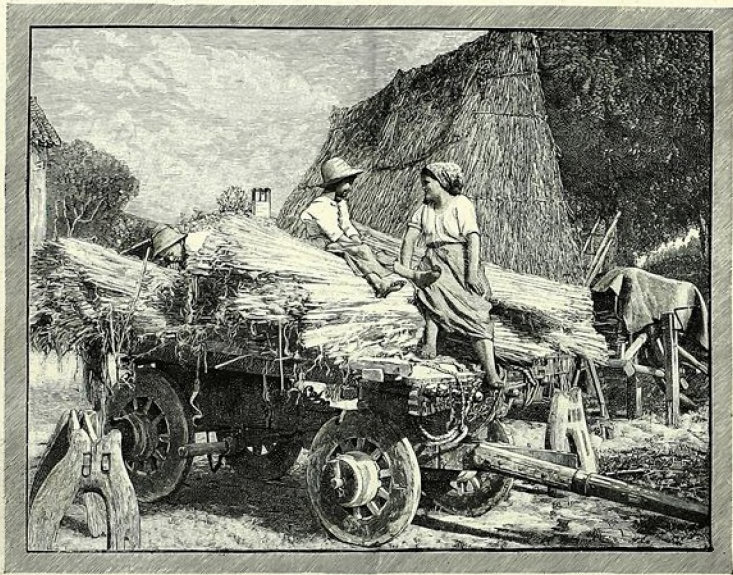
era el difunto que no arrastraba con su equipo fúnebre pastelillos para la familia y más raro aún el parroquiano vivo que no fallecía por culpa de alguna de aquellas tortas misteriosas.

Y así continúan viviendo Cayetano y Ramona sin más temor que el de distraerse cualquier día y guarnecer alguna empanada con siemprevivas ó adornar algún féretro con cabello de ángel.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

## BELLAS ARTES

Este dibujo, en el actual se diría que el autor se ha propuesto reproducir como en un basorelieve la escena trazada sobre el papel, es una delicada evocación de la operación agrícola más importante en la mayoría de los países; la *Siega*, celebrada antiguamente con alegres fiestas, inspirada de innume-



LA SIEGA, por E. Giberne

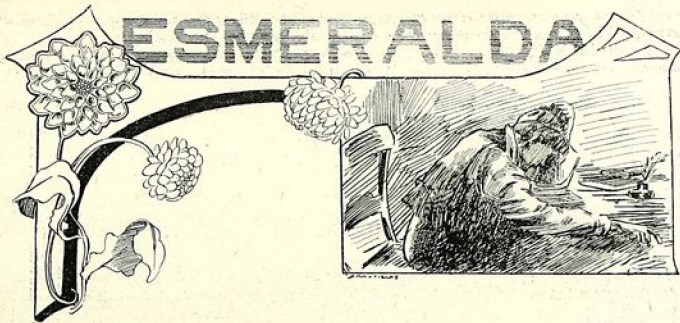
rables obras en todas las distintas artes y premio codiciado á los afanes del labrador, que por fin, después de mil afanes y cuidados vé colmadas sus esperanzas con la recolección de las doradas mieses.

Digno es, pues, el asunto de que una y mil veces aparezca ante los ojos de los hombres, como un tributo de gratitud á la madre Tierra y al Trabajo humano; la *Siega* es la base de nuestra actual existencia; sin ella faltaría el pan, y por lo mismo no iban descaminados los antiguos al honrar á Ceres en el transcurso de Junio, con fiestas que en si mismas llevaban la alegría.

Sin forzar en lo más mínimo la nota, ha dibujado Giberne esa *Siega* convirtiéndola en magnífica obra decorativa, en la que la tradición clásica se auna con la más rigurosa realidad contemporánea.



# ESMERALDA



¿Quién no la conocía en el pueblo? Todos la habían hablado, sin que ninguno impresionara en lo más mínimo su veleidoso corazón de mujer coqueta. Ninguno había de entre los jóvenes del pueblo que se encontraban en condiciones de poder llegar á ella, que no se considerara orgulloso de haber sido juguete de aquel *tirano* con faldas... A nadie quiso: Su injuriosa mirada atraente, con la atracción de los peligros, se clavaba escrutadora en los magnetizados que se atrevían á exigirle cariño. Luego los dejaba ¡eran demasiados infelices! Sentían con todo el corazón, como niños grandes. Le cansaban las pasiones delicadas. Los hombres debían ser más fuertes, no querer tanto. Ardía en deseos de encontrar algún hombre fuerte, impenetrable, que quisiera de un modo extraño, para entablar con él la lucha.

Por su reja, pasaron todos los *bobos* (como ella los llamaba), en aquelarre disparatado. Jóvenes de mirar picaresco que se las echaban de mundanos, y empleaban todas sus artes, para rendir aquella inabordable fortaleza. Hombres maduros, expertos, avezados á las lides amorosas, que procuraban con su música de palabras tiernas, aprendidas en su larga práctica, sensibilizar aquel corazón inmenso de dolor y de alegría.

En su bárbara selección, no encontró uno solo que llenara sus deseos. Todos recibían el mismo pago, la sonrisa sarcástica, penetrante, con que los despedía cuando le cansaban.

De carácter veheméntísimo, ardiente, de mujer árabe que siente en su apasionado corazón los latidos del deseo, necesitaba un hombre que la quisiera de un modo brutal, exagerado, con la intensidad de un loco que ama, con el entusiasmo de un fetiche a su ídolo.

Pepito, muchacho de veinte años y estudiante de los últimos años de Derecho, solo venía al pueblo en tiempo de vacaciones.

Su carácter retraído y brusco, hacía que no asistiera al Casino ni á reuniones, con tanta asiduidad como los demás chicos sus amigos. Todo el tiempo lo dedicaba al estudio, enfrascándose en él con la insistencia de un sabio. Quería, ó mejor aun, necesitaba acabar pronto la carrera, para poderse presentar con un título ante la joven hija de los marqueses de \*\*\*, á quien conoció una noche en el Real durante la representación de *Otelo*.

Desde aquel día, la siguió á paseos y teatros sin atreverse á acercarse á ella. Todavía, aunque hijo de un *cacique* millonario, era un pobre estudiante. Pero él acabaría su carrera, y ¡entonces!... se la disputaría á aquel *tenientillo*, que solo era amigo de la casa, pero en el que Pepito veía un encarnizado rival.

No era de extrañar, pues, que abstraído en sus estudios, y puesto su pensamiento y corazón en la delicada marquesita, no hubiese parado atención en Esmeralda, á quien le presentaron en una de las reuniones á que asistió por casualidad.

Enterada ella del *ascetismo* de Pepito, sus verdes ojos brillaron con más intensidad, hasta asomar á ellos una idea maquiavélica. Puso en juego todas sus amistades, para poder intimar con la hermana del *asceta*, y acercarse así á él. Había concebido el propósito de desbancar á la Marquesita.

Al principio Pepito se mostró indiferente á la *sans façon* y descoco puestos en juego por Esmeralda para interesarle. Luego poco á poco, fué mostrándose cada vez más amable para con ella, pero sin entregarse en absoluto á quererla.



En muchas ocasiones, interrumpió los diálogos en que Esmeralda se le presentaba tal como era, sensual, ardiente, apasionada, para registrar su opinión, acerca de si la marquesita, le querría ó no el día en que se presentase á ofrecerla su título y su nombre... Cuando esto ocurría, se mordisqueaba de rabia los puños, al ver que él no comprendía sus afares, y se apartaba del punto á donde ella quería llevar la conversación.

Una tarde entró en el despacho del estudiante, que se hallaba como siempre enfrascado en el estudio, y haciendo el menor ruido posible, se acercó á él sin ser vista, y apoyando su bombeado seno en las espaldas del *sabio* (como ella le llamaba), tapó con sus ensortijadas manecitas los ojos del trabajador muchacho, al mismo tiempo que le preguntaba: —¿Quién soy?..

Pepito desde luego, reconoció por la voz á Esmeralda, y emocionado por la fatiga de verse tapados los ojos, respondió un ¡Usted!... seco, casi desprecioso...

Ella lo comprendió, y quitándole las manos de la vista, contestó: —¡Parece mentir! ¿Aun no te atreves á llamarme de tú?... Tú es más cariñoso, indica una confianza grande, como debe haber entre nosotros... los jóvenes. Otros que se conocieran menos, tú mismo y la marquesita, no solo os hablaríais de tú, sino que quizá os hubierais besado: ¿verdad? pero yo no soy ella! —Y al decir esto, se quedó mirando á Pepito para ver el efecto que le producían sus palabras.

Entonces él, cerrando de un fuerte porrazo el libro, y sosteniendo la lujuriosa mirada de Esmeralda, le dijo: —Es verdad, tienes razón, á ella la hubiera besado y la besaré si puedo. A ti... también, si tú quieres... —Y abalanzándose á Esmeralda que en aquel momento aparecía hermosa, desafiante, encarnando el Ángel del Vicio, la besó, hociqueándola, mordiéndola, en aquella cara encendida por el deseo...

Al poco tiempo, se fué á continuar sus estudios, y cuando terminó la carrera, se casó con la marquesita.

Esmeralda, se casó también con uno de los *bobos* que la había requerido antes, y que se dió por orgulloso y satisfecho, al ser preferido entre todos...

JOSÉ HERRERA

## TRENOS

Me importa muy poco  
que me ames ó no  
mas, no me lo digas, que lo ignore siempre  
que es grande mi amor,  
y acaso muriera  
transido de pena  
si á saber llegara que tú, solo eres  
hermosa quimera.

Con que pena miro  
á los que padecen  
de males de amores, que matan la dicha  
y el corazón hieres,  
los miro con pena  
de dolor transido  
que sus sufrimientos en día no lejos  
tambien fueron míos.

Te pintas la cara  
menjurer é ungüentos,  
te pones al rostro, queriendo borrar  
arrugas sin cuento,  
con gusto perverso  
te pintas la cara  
pues prueba morena, á ver si consigues  
pintarte así el alma.

¡Que poca vergüenza!  
Que poco decoro,  
Vender tu pureza, vender tu hermosura  
por un poco de oro.  
Por un poco de oro  
que acaso algún día  
queme las entrañas y tu ser abraze  
con fiera impia.

ANGEL MACIAS



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 75.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinado del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

*Una orgía de sangre*, por A. Vigny.

*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkewicz.

*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.

*Solos*, por Pedro Zaccane.

*La Salamandra*, por Eugenio Sue.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

•••

Los callos no han de operarse pues que por suerte feliz tenemos el callicida del doctor LADIVONSIM.

## APUNTES

De la guerra me llevarán, y allí en la guerra me hirieron ¡si mi valor no premiaron, buena libreta me dieron!

Ya no quiero de tu boca fracesillas de amor casto... ¡el veneno y la perfidia se han adherido a tus labios!

En violáceos se trocaron sus frescos labios de grana... ¡Quiso besarme en los ojos y la abrasaron mis lágrimas!

Los hombres que la quisieron hasta el vicio la arrastraron... ¡que mala sangre tuvieron los que su vida amargaron!

Dos cosas no has de hallar: un escritor con dinero, y un político sincero que no le guste chupar.

TEODORO E. GUZMÁN

## TARJETA

Juan Sol Gras

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

ALEJANDRO CASANOVAS

Las soluciones en el próximo número

## BAGATELAS

I

¿Que tu crédito está en baja y tu fama y tu buen nombre? Pues culpale solo al hombre que te compró aquella alhaja.

II

Si eres parco en el hablar y lo haces con miramiento te llegarán a juzgar hombre de mucho talento.

ANGEL MACÍAS

Los estragos del indol se combaten de repente con magnesia efervescente granular de San-Imol.

## SOLUCION

1 los pasatiempos del número anterior

*Tarjeta*.—El mundo comedia es, ó el baile de Luis Alonso.

*Sustracción de letras*.—Vino, vin y vi.

*Problema de ajedrez núm. 11. (Inverso)*

B

N

1.—A 4 D

1.—P 3 A

2.—D 8 C

2.—P 7 T

3.—D 5 C

3.—P toma D (mate.)

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. F. B.—Ferrol.—Es imposible dejar pasar que suene consueño con pena y retira con armonía. Partidario soy de la libertad, pero no hasta ese extremo.

R. H.—Tarragona.—Cuando llegase la hora de publicarse su artículo, habría perdido ya la oportunidad.

F. R. M.—Valencia.—La tardanza en insertar los artículos que se admiten, depende de ser éstos a centenas y no publicarse más que 62 números cada año.

A. A.—Aparici.—Podremos solamente los versos del nombre de pila, dejando para otra ocasión los del apellido:

A...

¡Icanta, ¿que sería sin ti, de una  
¡feliz alma que ama sin tu amor  
O yo corazón por buena fortuna  
¡sclavo y preso está de tu candor...?  
¡o se lo niegues no, Vicentica  
¡o dulce amor, tu angelical mirar  
¡divinos son del que a tus pies suplica.

S. R. R.—Sabadell.—He aquí, integra, su bellísima composición:

## SÚPLICA

¡Quiseme, amada Teresa,  
que yo te adoro;  
por ti siempre suspiro  
por ti siempre lloro.  
Que no piense en ti,  
no pavo rato ninguno.  
Mi corazón se me va,  
lo mismo que el humo.  
Aquel humo que sale en el aire  
y el viento lo arrastra...  
lo mismo haces tu con mi corazón,  
que lo dejas, hecho un desastre.

T. E. G.—Toledo.—Todo está muy bien.

A. L. B.—Madrid.—Idem.

F. F. S.—Madrid.—Lo mismo que el anterior.

REFRÁN GRAFICO. por Novejarque



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

IMP. Y DISTRIBUCIÓN TÍPOGRAFICA EDITORIAL "LA TRÉFICA" PLAZA DE TETUÁN 50 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



FRANCIA



CABALLERÍA: OFICIAL DE HÚSARES